



DISCURSO DE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO 1969-70

POR
OCTAVIO CARPENA ARTÉS

MAGNÍFICO Y EXCMO. SR.,
EXCMOS. E ILMOS. SRES.,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Es costumbre tradicional iniciar esta intervención con un breve resumen de los acontecimientos más destacables en el curso anterior.

Cumplo este deber que, con respecto al primer grupo de referencias, es a la vez grato y penoso. Lo primero, porque es motivo de alegría reseñar el merecido nombramiento del Doctor Rubio García como Secretario General de nuestra Universidad, y la incorporación a su Claustro de Profesores tan prestigiosos como D. Francisco Gomar Guarner, Comisario Decano de la Facultad de Medicina; siquiera sea transitoriamente; D. Luis Josafat Añas Pérez, para la Cátedra de Geología, y D. Antonio García Berrio, como Profesor Agregado de Gramática General y Crítica Literaria. Y no exento de tristeza al citar el traslado a la Universidad de Valencia de los Profesores D. José de Benito Mampel y D. Vicente María Roselló Verger, Catedráticos de Derecho Mercantil y de Geografía, respectivamente; los de D. Marino Barbero Santos y D. Manuel Rodríguez Gallego, a las Universidades de Valladolid y Granada; de D. Mariano López Alarcón, Profesor Agregado de Derecho Canónico, a la Universidad de Madrid, tras de profesar un curso entre nosotros con tal categoría obtenida en brillantísimas oposiciones, y el de D. Juan Sancho Gómez, a la Universidad Autónoma de Madrid, como Decano de su Facultad de Ciencias. Vinculado este último a nuestro Claustro, du-



rante más de veinticinco años, ha dejado, como hombre importante, huella profunda; estamos seguros que en su nueva misión realizará una tarea espléndida.

Permitidme ahora hacer mención de una serie de acontecimientos de notable trascendencia:

En primer lugar, la feliz realidad de la puesta en marcha, para el presente curso, de la ansiada Facultad de Medicina. Es deber de justicia dejar constancia de los desvelos de nuestro Rector y Decano Comisario, así como de la primera Autoridad Provincial y de las Corporaciones Locales, y muy especialmente del decidido esfuerzo y ayuda económica de la Excma. Diputación Provincial, que, con su Presidente, han contribuido decisivamente a este logro.

Otra circunstancia importante arranca de la decisión tomada por nuestro Gobierno al acordar las obras del complejo Tajo-Segura. Nos encontramos ante una coyuntura extraordinaria para el Sureste, a la cual no puede estar ajena esta Universidad. Se trata de acometer el desarrollo integral y total de la Región, utilizando como agente impulsor el aumento de las disponibilidades hidráulicas; y yo me atrevo, arrogándome una representación que no merezco, a decir que nuestra Universidad, consciente de la responsabilidad histórica del momento que vivimos, está dispuesta a servir a esa obra que, para ser realmente completa, precisa de la elevación del nivel cultural, acompañada del esfuerzo investigador. Es necesario, para que esta magna empresa no se malogre, formar hombres en todos los aspectos del saber, que continúen cuanto se va a emprender.

Y para darle el énfasis que merece, he dejado para finalizar esta reseña el establecimiento, por persona que quiere conservar el anonimato, del Premio "José Loustau" al espíritu universitario y los valores humanos, cuya primera convocatoria tiene lugar en el presente curso. Al honrar así la figura señera de Loustau, tan ligada a toda la historia de esta Universidad, también ésta se honra.

Y ahora unas breves palabras que atañen muy directamente a mi vivencia universitaria:

Es notorio para la mayoría de los que me escuchan que toda mi actividad intelectual está preferencialmente enmarcada en esta casa. Perdonaréis, pues, que no resista a esta evocación emocionada, llena de anécdotas y sentimientos indefinibles, que han señalado de modo rotundo

toda mi vida, pues si faltaba poco, aquí, y cursando estudios comunes, tuve la suerte de conocer a la que es mi esposa y compañera, conviviendo con ella gran parte de los estudios de Licenciatura y todo el período de mi iniciación investigadora. Fue también en este lugar donde encontré a quien definitivamente me impulsó por ese camino difícil pero maravilloso de la Investigación Científica, nuestro actual Decano de Ciencias. Y para no empalidecer ningún afecto, contemplo agradecido, en esta ocasión, a varios de los que fueron mis profesores, mis maestros, y muy especialmente a nuestro Rector, que me ha distinguido siempre extraordinariamente y con pareja intensidad, tanto de alumno, ayudante o adjunto, como ahora de catedrático. A todos, y muy particularmente a los que por imperativos de las leyes biológicas ya no están aquí, mi gratitud y mi recuerdo.

La elección de un tema de carácter científico relacionado con la especialidad que se cultiva, premisa al parecer obligada en discursos de esta naturaleza, me ha impulsado a presentaros esta modesta aportación a un asunto de indudable trascendencia científica. Pero hay otra motivación de mayor entidad, íntimamente relacionada con nuestros alumnos; me refiero a que los estudios realizados hasta el presente, de ese complejo material que llamamos HUMUS, ofrecen un ejemplo del quehacer científico, de la actividad investigadora durante siglo y medio, tan sugestivo, tan aleccionador, que puede mostrar a nuestros discípulos, los intelectuales de un mañana muy próximo, el extraordinario panorama que ofrece la búsqueda de la verdad cuando se impregna del deseo noble de servir a los demás.

A vosotros, pues, queridos amigos, dedico las palabras que siguen, áridas por fuerza, pero impregnadas de sincero afecto y de esperanza en vuestro futuro. No olvidéis que, como señaló Albareda en su ejemplar libro "Consideraciones sobre la Investigación Científica", se puede hacer mucho sabiendo poco, y se puede hacer poco sabiendo mucho.

Y si caprichosamente demandase una recompensa a mi esfuerzo, me daría por suficientemente retribuido si este discurso fuese capaz de suscitar siquiera una vocación por la Investigación Científica.

